

LA PIEDRIQUINA

A n u a r i o

n.º 8

Marzo 2015



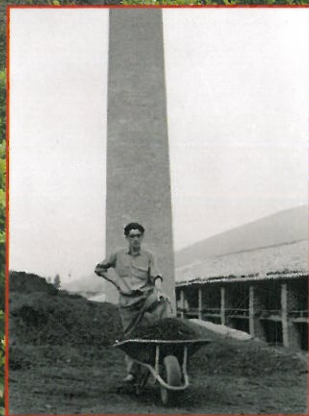
El origen de la casa de Andayón en el...



Arturo Valdés y el arrastre de bueyes.



Talleres de costura en S. Cucao de Llanera



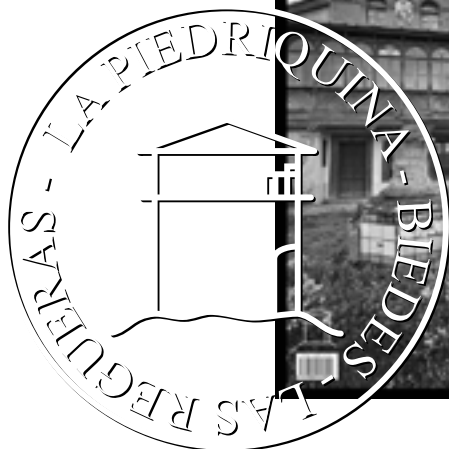
Las tejas de Villayo y Santa Cruz de Llanera



SN 1888-5578



1888-557009



PRESENTACIÓN

Podríamos reflexionar sobre la velocidad con la que ha cambiado el modo de vida de los seres humanos a lo largo de la historia. Si una persona del siglo V pudiese viajar en el tiempo y aparecer en el siglo XV, no conocería a las gentes ni los edificios, pero vería que las costumbres de la sociedad poco se habrían modificado. En cambio ¿qué sentiría una persona de 1900 si despertase hoy en 2015? Seguro que se sorprendería y creería estar en otro planeta ante tanto cambio.

El cambio no es malo si sabemos aprovecharlo y podemos aprender de él. Pero para poder saber a dónde vamos, siempre es necesario conocer de dónde venimos, e intentar que nuestra historia no se pierda con el cambio. Eso, es lo que intenta, aunque sea *pedriquina a pedriquina* nuestra asociación por medio de este Anuario y de todas las publicaciones.

Refresharemos con él la memoria del paso de las columnas gallegas, ya que apenas queda vivo ningún testigo. Conoceremos algo más de la vida de José Manuel Menéndez de Cogollo, cantante y maestro de canto. Sabremos de las epidemias que afectaron a nuestro concejo y de los emigrantes a Cuba, que pocos recuerdan ya; así como un repaso por los talleres de costura de San Cucao de Llanera y de las tejas y barreras de Villayo y Santa Cruz. También aprenderemos la importancia del Archivo Municipal, tan maltratado... para continuar con un recuerdo en homenaje a Arturo Valdés toda una institución en el arrastre con güés. Un serio estudio sobre el origen de la casa de Andayón y sus protagonistas en el siglo XV nos transportará a esa época. Por último, unos villancicos recogidos en Biedes, Landrio y Soto y una muestra fotográfica de la fiesta de San Juan de Trasmonte de 1959 completan el sumario.

Sumario

	Pág.
A sangre y fuego. El avance de las columnas gallegas por Les Regueres <i>Florentino González Fernández</i>	3
José Manuel Menendez, Menalva. Una lección de música <i>Sofía G. Lahera</i>	12
Epidemias y crisis alimentarias en Les Regueres <i>José Luis Martínez Quintana</i>	18
La emigración a Cuba en Les Regueres <i>Rosa M^a Rodríguez Fernández</i>	25
Aguja y dedal. Talleres de costura y bordado en San Cucao de Llanera <i>Chema Martínez</i>	48
Breve recorrido histórico por el Archivo Municipal de Las Regueras: del arca de tres llaves al convulso siglo XX <i>Miguel Ángel Suárez Suárez, Laura Arango del Campo, Nabil Ambaz Martínez, Asociación L'Ayalga</i>	71
Las tejas de Villayo y Santa Cruz de Llanera <i>Julio García Maribona Rodríguez Maribona</i>	78
La fiesta de San Juan de Trasmonte de 1959 a través de la cámara de <i>José M^a González Villanueva</i>	94
Diego de Valdés y Sancha de las Alas: el origen de la Casa de Andayón en el concejo de Les Regueres (finales siglo XV) - parte I <i>Jesús Antonio González Calle</i>	98
Arturo Valdés: el arrastre de bueyes <i>M^a Asunción Arias Fernández</i>	113
Villancicos <i>M^a Teresa González Tamargo, Nieves Miranda Suárez, Laura Cayarga Fernández</i>	3

LA PIEDRIQUINA

A n u a r i o

© COPYRIGHT

'LA PIEDRIQUINA' RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS

EDITA:

ASOCIACIÓN CULTURAL Y RECREATIVA 'LA PIEDRIQUINA'

COORDINA:

ROSA M.^a RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ

COLABORADORES:

HAN SIDO COLABORADORES DE LA REVISTA LOS FIRMANTES
DE LOS ARTÍCULOS PUBLICADOS.

CORRESPONDENCIA:

PARADES, 18
E-33190 LAS REGUERAS, ASTURIAS
lapiedriquina@yahoo.es
www.lapiedriquina.com
www.facebook.com/la.piedriquina
lapiedriquina.blogspot.com

MAQUETACIÓN E IMPRESIÓN:

RADIAL ARTES GRÁFICAS

DEPÓSITO LEGAL: AS 6.683/2007

ISSN: 1888-5578

LA ASOCIACIÓN CULTURAL Y RECREATIVA 'LA PIEDRIQUINA' NO SE
HACE RESPONSABLE DE LAS OPINIONES EXPRESADAS POR LOS AUTO-
RES DE LAS COLABORACIONES.



Foto de portada: **José Ángel Granda Fernández**: Casa de D. Enrique en La Casa Nueva, Valduno.



Blindado republicano Avelino Alonso *El Caleyú* el 25 de septiembre de 1936 en algún lugar del frente de Grado. Este blindado fue posiblemente uno de los dos que atacaron Valsera el 12 de Octubre

Las Tejeras de Villayo y Santa Cruz de Llanera

JULIO GARCÍA MARIBONA RODRÍGUEZ MARIBONA

Desde hace algún tiempo van saliendo a la luz noticias que nos permiten hacernos una idea sobre lo que supuso la industria del barro en el concejo de Llanera y, más concretamente, en el área de Villayo, Fanes y Santa Cruz. Para el objeto de este trabajo, nos interesa dirigir la atención sobre la cultura y evolución de la industria tejera y ladrillera en esta zona.

La irrupción de la cultura romana en nuestro territorio trajo consigo la teja, el ladrillo, la baldosa, las canalizaciones... es decir, la industria cerámica, que con un material tan común, barato y fácil de moldear, conseguía elementos constructivos de unas cualidades inalcanzables, para los que hasta entonces se habían utilizado, y esto fue la clave del éxito tan rotundo que tuvieron estos materiales. La teja y el ladrillo no arden, se pueden sustituir con facilidad, son baratos, fáciles de conseguir y transportar, sus materias primas son muy abundantes y económicas, son muy duraderos y tienen unas condiciones térmicas y aislantes incomparables. Las ventajas de estos materiales, ante los que se usaban anteriormente, fueron tales que incluso originaron algunas leyes que animaron a que en las ciudades se sustituyesen los tejados de cubierta vegetal por los de teja¹ y evitar así que los frecuentes incendios, que se producían en aquellas abigarradas poblaciones de entonces, se transmitiesen por las techumbres y terminasen causando la ruina de ciudades enteras, como ocurrió con Oviedo, que en el incendio que sufrió en 1352, perdió casi la mitad de sus casas; o en el de 1521, donde más de dos tercios de la ciudad quedó arruinada. En 1479, Avilés ardió casi totalmente y solo la intervención decidida de los Reyes Católicos evitó que se despoblase. En el siglo XVI, la marca de una buena casa era estar “fecha de buena teja y tabla”.

La cultura del barro y la tradición tejera y ladrillera

¹ Ejemplo de esto fueron los Fueros de Cuenca, párrafo 807 y el Fuero de Zorita, párrafo 826.

del concejo de Llanera, nos llega al menos desde la época romana y de ello dan fe numerosos vestigios de la época, como los cinco hornos romanos que se conserva en La Venta del Gallo, no muy lejos de la antigua *Lucus Asturum* de la que ya hablaba Claudio Ptolomeo en el siglo II d. C².

La existencia de tejeras en Asturias fue numerosa. Solo en los años cincuenta del siglo pasado, en el trayecto desde Oviedo hasta Avilés por la nacional 630 se pasaba ante la fábrica de Fitoria³, la de Cayés (Guisasola), la de la subida a La Miranda y la de Solís; en Molleda hubo otra pero cerró unos años antes.

Centrándonos más en el área de Santa Cruz, Villayo y Fanes, hay constancia de la existencia de una considerable actividad tejera desde la primera mitad del siglo XVIII. De ella se da cuenta en el catastro del Marqués de la Ensenada. En otros artículos publicados sobre este tema⁴ en diferentes *Anuarios* de *La Piedriquina*, se fue siguiendo la evolución de la actividad alfarera del noroeste del concejo de Llanera hasta llegar a los primeros años del siglo XX; pero por limitaciones de tiempo y disponibilidad, además de por la necesaria brevedad de los artículos, quedó por averiguar qué había ocurrido con esta industria en la zona, después de los años treinta del siglo pasado hasta los años setenta, cuando definitivamente desapareció toda actividad ceramista y alfarera en estas tres poblaciones.

² PTOLOMEO, C., *Geographia* II, 6

³ La fábrica de Fitoria fue levantada por Manuel San Pedro en 1926, quien solicitó licencia para hacerlo que recoge en diario *Región* del año IV nº 876-1926, 25 de mayo, pág. 5 en el apartado “Policía Local.

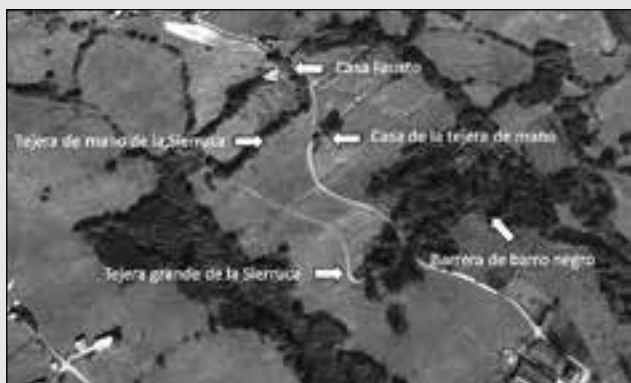
⁴ GARCÍA MARIBONA R-M., Julio (2011) “De Faro a Villayo: Los Puchereros”. *Anuario* de *La Piedriquina* nº 4, pp. 53-64. Y también (2014): “La Tejera de Villayo”. *Anuario* *La Piedriquina* nº 7, pp. 40-51.

El rastro de la industria cerámica en la toponimia de esta zona tan relativamente pequeña es realmente importante: El monte *Tejeras* al oeste del Pico Gorfóli, *Las Teyerinas*, *La Barrera*, *La Tejera*; el reguero *Tejera*, *Los Hornos*... todos ellos aluden a este tipo de industria.

Las tejeras

Se entiende que tejera o fábrica de cerámica es el conjunto de instalaciones en las que se lleva a cabo todo el proceso de producción de piezas destinadas a la construcción civil, tales como ladrillos, tejas, baldosas, canalizaciones, viguetas, etc. Sin embargo, en el diccionario de la Real Academia Española se dice del término tejero, ra: *1. m. y f. Persona que fabrica tejas y ladrillos* y en una segunda acepción remite al término *Tejar* al que define como *sitio donde se fabrican tejas, ladrillos y adobes*; lo que se acercaría más a lo que, al menos en Asturias, conocemos coloquialmente como tejeras, teyeras y texeras.

En orden al grado de mecanización del que dispusieron las tejeras que hubo en esta parte del noroeste del concejo de Llanera, de las que se han podido tener noticias, se pueden hacer tres distinciones: las que dan en llamar tejeras de mano, en las que todo el proceso era manual; las tejeras semi-mecanizadas en las que ya se introduce algún tipo de maquinaria, movida por energía humana o mecánica (eléctrica o de combustión), y las mecanizadas, en las que la maquinaria intervino en la mayoría de los procesos.



SITUACIÓN DE LAS TEJERAS. LOS QUE CONOCIERON LA BARRERA FUNCIONANDO SE REFIEREN AL BARRO COMO "BARRO NEGRO" Y SE UTILIZABA PARA HACER CRISOLES

La tejera de Villayo: la más antigua

La tejera más antigua de la que se ha podido conseguir información, aunque no se tenga noticias de su localización concreta o evidencias y restos que permi-

tan conocer algo más sobre ella, es la que se incluye en la relación de las seis que se detallan en el Catastro del Marqués de la Ensenada referente al concejo de Llanera, en el apartado "*Tejeras*"⁵ y que al haber sido hecho en 1754, significa que ya antes de este años existían estas industrias en el concejo, retro trayendo la existencia de esta tejera a la primera mitad del siglo XVIII.

En el catastro se dice que en *la Parroquia de Santa Cruz, en el término de Villayo ay otra tejera que el año que trabaja produce seis carradas de teja es propia de dichos vecinos de dicho lugar de Villayo.....*

Por la información que se nos ofrece sabemos que solo la tejera de Villayo fue propiedad de sus vecinos, las otras cinco fueron privadas y entre sus propietarios se cuentan algunos de los apellidos de las familias más poderosas del Principado, como es el caso de los Campomanes, los Inclán y los Junco. Solo una de estas tejeras producía con regularidad todo el año, las otras cinco lo hacían a demanda, e incluso algunos años no producían nada. La producción de la tejera de Villayo, en torno a las 5100 tejas anuales, no era muy grande, pero sí ajustada a la media de entonces y esto plantea que o bien en el siglo XVIII la capacidad de producción de estas tejeras era muy limitada, o la demanda de teja era muy baja porque las casas seguían cubriéndose usando técnicas y materiales más rudimentarios.

La existencia de seis tejeras en este concejo hace pensar que a mediados del siglo XVIII se asistía en él a una tímida introducción o resurgimiento de este tipo de industria, entre las que nos interesa detenernos sobre la de Santa Cruz y aún más en la circunstancia de que se dice que está en el "*término de Villayo*", que aun acotando con más precisión su ubicación, sigue resultando ser un dato muy ambiguo.

Queda también por saber si, como parece más probable, esta tejera fue solo "*propia*" de los vecinos de este término concreto de Villayo o si lo fue de todos los vecinos de la parroquia de Santa Cruz.

Tratando de recrear cómo pudieron haber sido sus instalaciones, y solo como una suposición, podríamos imaginar que la tejera de Villayo de la que habla el catastro, fue una pequeña industria en la que todo el proceso de elaboración era totalmente manual.

⁵ Catastro del Marqués de la Ensenada correspondiente al concejo de Llanera página del documento nº 330 a la 332.

Pudo estar dotada de un horno de piedra troncocónico truncado, no muy grande y quizás revestido en su interior con ladrillo. El horno debería tener dos cámaras separadas por el treme, con la cámara de cocción sin puerta de acceso, con lo que se cargaría por la parte superior. El horno podría estar en la ladera de un monte, en una zona donde el desnivel se acentuase significativamente, de forma que por la parte baja se accediese a la boca del horno y a escasos metros, ladera arriba, se dispusiese de una pequeña plataforma desde la que vigilar la hornada y tener acceso a la cámara de cocción. Cerca del horno podría haber una pequeña era o explanada con un cobertizo rudimentario, donde elaborar las piezas y secarlas, y no muy lejos podría estar la barrera de la que se abasteciese. El combustible para el horno se conseguiría del entorno a base de árgoma y leña.

La teyera vieja de La Sierruca

Esta teyera de mano tuvo unas instalaciones muy sencillas y humildes, situadas en la falda sureste de La Sierra, al suroeste de Villayo y al oeste de Santa Cruz, y es la más antigua de la que tenemos noticias, testimonios de algunos que la conocieron y evidencias tangibles, pues poco que se excavase en el lugar donde estuvo, saldrían a la luz numerosos vestigios.

A unos 130 metros al sureste de Casa Fausto se levantaba su horno abovedado de ladrillo, con treme, cámara de cocción con puerta lateral y sin chimenea alta. Pegado a este, hacia el sur, estaba el secadero o era. Quienes conocieron lo poco que quedaba de la teyera en los años cincuenta del siglo pasado⁶, no recuerdan ver tendejones en pie, aunque suponen que los hubo.

Como combustible utilizaban carbón del Nalón procedente de los lavaderos de las cuencas que la corriente arrastraba río abajo o de los *descargues* que hacían en los puentes los trenes que lo transportaban, dejando caer deliberadamente grandes cantidades de mineral al agua para regular la llegada de carbón a los mercados y manipular los precios en destino. En Valduno hubo carboneros de río que se dedicaron a la extracción y comercialización de este combustible⁷.

⁶ Maruja, de Casa Celesta, jugó allí y recuerda lo que quedaba del horno.

⁷ MARTÍNEZ QUINTANA, J. L., (2011) "La vida en el entorno del río Nalón a su paso por Valduno". En La Piedriquina. *Anuario* nº 4, pp. 3-9

A unos cincuenta metros al este del horno, hoy al otro lado de la carretera, estuvo la casa de los cuidadores, donde vivían el tejero con su mujer y un hijo, y teniendo en cuenta que cuando funcionaba la teyera el camino tenía otro trazado; el horno, la era y la casa estaban dentro de una misma finca, lo mismo que la barrera de la que se abastecía.

En el mapa del Instituto Geográfico y Catastral de 1943⁸, donde se representa la cartografía de Santa Cruz y Villayo, hay una zona de labor marcada al oeste del río de la Tejera y al norte del Andayón, sobre la que figura la leyenda *Explotación de arcilla*, lo que además de implicar la existencia de una amplia zona de extracción de barro, hace sospechar que había algún tipo de industria que se abastecía de ella antes de 1943 y es precisamente en esta zona donde estuvo la teyera de la que estamos tratando, quedando tanto las instalaciones como la barrera de la que se abastecía, incluidas dentro del área que se identifica en el mapa.



MAPA DEL I. G. C.

Sabemos que a finales del siglo XIX hubo un gremio de tejeros en Villayo que produjo tejas de gran calidad, de la que nos queda como muestra de la Teja de Casa Celesta, sobre la que quedó publicado un artículo en el *Anuario* de La Piedriquina de 2014. En esta teja se dejó una interesante inscripción en la que se hace mención expresa a los *Teyeros de Villayo* y no parece demasiado aventurado suponer que si hubo un

⁸ Instituto Geográfico y Catastral, mapa nº 28.Grado. Madrid 1943

gremio, este tuvo su tejera o sus tejeras, y esta de La Sierra, por la antigüedad y la cercanía al lugar donde apareció la teja, bien pudo haber sido una de ellas.

La tejera vieja de La Sierruca dejó de funcionar en los últimos años de la década de los cuarenta del siglo pasado⁹ y por su morfología y materiales utilizados en su construcción, podría haber empezado a funcionar en la segunda mitad del siglo XIX.

Años después de haber cerrado, a unos 230 metros al sur de esta “tejera vieja”, se levantaron unas modernas y enormes instalaciones mecanizadas conocidas como la tejera de Santa Cruz.

La tejera de Montellar

Entre 1948 y 1950¹⁰, Juan González González-Granda, residente en Santa Cruz de Llanera, natural de Premió, de Casa Bernardo, casado con Lidia, hija de Paco el Cabo, de la Casa el Cabo de Santa Cruz de Llanera; junto a su primo, José Ramón González-Granda, el médico de Arlós; animados por un gran espíritu emprendedor se aventuraron a levantar una tejera en la salida de Santa Cruz hacia la carretera de Peñaflor, a unos 500 m del centro urbano, en las inmediaciones del monte comunal conocido como Montellar, motivo por el que se la conoció como Tejera de Montellar.

Hay algunas noticias que hacen suponer que antes de esta fábrica hubo muy cerca otra aún más humilde, pero los datos son tan imprecisos que puede que se trate de la tejera vieja de La Sierruca.

La tejera de Montellar se abastecía de la arcilla extraída de los pozos que hubo a escasa distancia, al sur de las instalaciones. Hoy están tapados, pero según quienes los conocieron, dicen que fueron hoyos de considerable profundidad que buscaban encontrar la mejor veta de barro. Estos pozos no estuvieron muy lejos de La Cabaña, donde estuvo una de las primeras barreras conocidas y documentadas en esta zona, de la que durante siglos se sacó el barro más apreciado para la elaboración de pucheros y que se encontraba al sureste de los pozos de la de Montellar.

9 Información proporcionada por Maximino Gómez Gutiérrez: Máximo, que trabajó en la tejera de Santa Cruz, tanto en la elaboración de los cimientos y primeros momentos de producción como en la última etapa.

10 La tejera se fundó poco después de 1944, pues ese año fue en el que se casó Lidia y aún no tenían la tejera. En 2014, Lidia tiene 94 años.

Por algunas muestras que llegaron hasta nuestros días, sabemos que en 1937 se hicieron tejas en los hornos de Fanes y Villayo, pero que éstas no fueron elaboradas por tejeros o artesanos locales, sino por otros provenientes de lugares no muy lejanos, como San Claudio¹¹, con lo que podemos suponer que aunque perduró la tradición tejera en esta zona, hubo un periodo *vacío*, hasta que Juan y José Ramón pusieron la tejera de Montellar en funcionamiento.

Las instalaciones de Montellar no eran muy grandes, había dos tendejones o *sequeras* con techo de teja soportado por pilastras de ladrillos y alguna pared que en la parte superior estaba rematada en tabique palomero; allí se preparaba el barro, y se elaboraban y secaban las piezas para pasarlas al horno, que estaba adosado al tendejón. Se puede afirmar que esta tejera de Montellar es el paso entre las de mano, con todos los procesos manuales, y las mecanizadas, pues aunque comenzó con casi todo el proceso manual, progresivamente se le fueron incorporaron máquinas; primero una amasadora y después la extrusora¹² y el resto de las que dispuso.

De sus instalaciones aún se conserva una casa que fue vivienda y oficina, donde residía Luis Lobo *el Llanisco*, el encargado, que era de Llanes, junto a su mujer María Rosete y sus tres hijos: Francisco, José Luis y Manuel.

En el muro este de la casa está adosado lo que en su día fue el barracón donde vivían unos diez tejeros. Las condiciones en las que vivían no eran malas para entonces y en el barracón dormían en colchones ordenadamente alineados sobre un lecho de paja y adosados por la cabecera a la pared; también disponían de mesas y bancos corridos donde comían lo que les cocinaba María Rosete.

Hubo también otro edificio más pequeño, adosado al del barracón, que fue almacén y casa de aperos, hoy desaparecido.

La casa se la compró su actual propietaria, natural de Cangas del Narcea, a José Ramón González y cuando se hizo con ella aún quedaba en pie algún vestigio reconocible de la tejera.

Hacia el norte de la casa se extiende una explanada que llega hasta la carretera y que por el sur está

11 En las reformas del tejado de Casa Fernando en 2012 encontraron tejas firmadas en 1936 por una mujer que procedía de San Claudio

12 Información de Máximo.



ANTIGUA CASA DE OFICINAS Y VIVIENDA. FOTO DEL AUTOR

limitada por un talud horadado en la ladera del Montellar para conseguir labrar en ella un terreno llano donde poder elaborar y secar las piezas. Esta explanada tiene forma rectangular, de unos 140 metros en su eje más largo, orientado este oeste, y unos sesenta de ancho. Casi en el extremo este de esta llanura, una franja de la explanada se adentra aun más en la ladera, prolongándose unos treinta metros hacia el sur y según comentan algunos, de ahí fue de donde se sacó el primer barro para la tejera, antes de que se sacase de los pozos. El terreno es arcilloso y se encharca por la impermeabilidad de su base y la falta de mantenimiento de los drenados. Aún hoy puede verse una poza o charca que se usaba en la tejera, donde según dicen se amasaba el barro. En la fábrica de Montellar se hacía ladrillo macizo y de bloque (agujereado), pero sobre todo teja árabe.

En esta tejera utilizaban como combustible carbón de antracita sacado de minas locales.

En las oficinas de la tejera trabajó el padre de Azucena¹³ y ésta recuerda que Montellar funcionaba hacia 1951. La fábrica tenía unos diez empleados fijos que vivían en el barracón y trabajaban cobrando un sueldo por una jornada de ocho o diez horas. Cuando hacía falta más mano de obra, se contrataban por *tajo*: por lo producido, no a sueldo. También había empleados que vivían en los contornos, a los que a veces se les sumaban algunos que iban de paso y que por andar *recorriendo los carriles* los llamaban *carrilanos*. El jornal se cobraba semanalmente en casa el Cabo, a escasos metros al sur de la iglesia.

Varios operarios de Montellar, como el propio encargado, procedían de la zona de Llanes y siguiendo la secular tradición de los tamargos del oriente asturiano, se trasladaron lejos de sus lugares de origen en busca de

trabajo. Estos tamargos trajeron con ellos algunas palabras de su particular jerga gremial: la xiriga, y aunque algunos vecinos recuerdan algunas palabras, e incluso oraciones, dichos y giros en esta lengua tan peculiar, no parece que hayan enraizado en la forma de hablar local.

Según cuentan los que la conocieron, el barro del que se abastecía terminó por perder la calidad necesaria para dedicarlo a la producción de teja y ladrillo; aun así, el primer y segundo Plan de Desarrollo emprendido por el gobierno de aquellos años de la posguerra, prometía un consumo ingente de materiales cerámicos destinados a obra civil, sobretodo de teja y ladrillo, así que los socios de la tejera de Montellar decidieron arriesgarse y se empeñaron en levantar una fábrica con mayor capacidad, buscando un lugar donde tuviesen las mejores fuentes de arcilla de la zona a pie de fábrica y así fue cómo hacia finales de los años cincuenta del siglo pasado, la fábrica de Montellar se cerró para trasladar su actividad a otras instalaciones más modernas y de mayor capacidad de producción, situadas a unos 900 metros al noroeste de la anterior, en la falda sur de La Sierra, en un lugar incluido dentro de la zona ya comentada, marcada en los mapas del Instituto Catastral de 1943 como zona de *labor de extracción de arcilla*.

En el BOPO del 4 de febrero de 1956¹⁴, la Delegación de Industria de Oviedo resolvió favorablemente la solicitud de Juan González González para *ampliar su industria de fabricación de ladrillo y teja (cerámica basta)* y en el punto 3º se dice que tiene tres meses de plazo para que la nueva fábrica esté en marcha, lo que implica que la construcción de la nueva tejera fue antes de esta fecha, es decir, al menos en 1955 y si la solicitud fue hecha para “ampliar su industria” se puede sospechar que la tejera de Montellar seguía funcionando cuando se presentó esta.

En cuanto a su capacidad de producción, en documento firmado en Oviedo el 28 de enero de 1956, se ofrecen datos muy significativos cuando se dice:

Productos a elaborar y

capacidad de producción por año normal:

Existente: 360.000 piezas de ladrillo y teja.

Con la ampliación aumenta hasta 800.000 piezas.

Según este apunte, la tejera de Montellar alcanzaba una producción aceptable, de casi mil tejas diarias (computando 365 días de producción, resulta una

¹³ Azucena es conocida como Maruja, de Casa Celesta.

¹⁴ BOPO 4 -2-1956, página 1.

media de 986,3 tejas diarias) y la de La Sierra se estimaba que duplicaría la producción (2192 tejas diarias), aun así hay que descartar que las cifras estimativas no estuviesen infladas para animar a la aprobación de la solicitud. Hacia 1950, el centenar de tejas se vendía a seis pesetas¹⁵ y seis mil pesetas diarias era una verdadera fortuna.

Otro dato a tener en cuenta, es que si cada pieza de teja llevaba unos dos kilogramos de barro, producir casi mil tejas diarias suponía que debían procesar una media de una tonelada diaria de pasta, a la que habría que añadir la correspondiente a los ladrillos.

De la tejera de Montellar salió casi todo el material para levantar la de La Sierruca.

La tejera de La Sierra o de Santa Cruz

Por la carretera que lleva desde Villayo a Premió, como a unos 550 metros en línea recta al sureste de Casa Celesta y 340 de Casa Fausto, entre los árboles de un pequeño bosque nacido entre los restos de la

tejera, se alza todavía la imponente chimenea de ladrillo, a cuyo lado occidental se encuentran las ruinas de lo que fueron las instalaciones de una fábrica que funcionó hasta casi llegar a la década de los setenta del siglo pasado.

La fábrica se construyó hacia 1955 y entró en funcionamiento en 1956. No se conserva mucha información sobre ella, aunque afortunadamente se dispone de la buena memoria de algunos vecinos y sobre todo de una buena colección de fotografías realizadas por José M^a González Villanueva en 1959¹⁶, en las que se ven las instalaciones y a sus operarios aplicados en las faenas propias de su oficio: un grupo de unas doce personas entre las que también se contaba con *guajinos* de unos trece o catorce años; algo nada extraño por entonces, pues antes de los años cincuenta del siglo pasado, se consideraba que un niño de ocho años ya reunía las condiciones necesarias para trabajar en una tejera¹⁷. Se tiene constancia de que en los años sesenta del siglo XX, en la tejera había un chaval de dieciséis años que era de Ibias y otros dos gallegos, uno de Car-



NIÑO TRABAJANDO EN LA TEJERA.



VARIOS OPERARIOS TRABAJANDO EN LA EXTRUSORA HACIENDO LADRILLO HUECO. FOTO JOSÉ M^a GONZÁLEZ VILLANUEVA

¹⁵ Corrales, Pilar. (2010) "La tejera: hombre, barro y fuego. Villafranca de los Caballeros". En <http://www.eltiocazueta.com>.

¹⁶ José María González Villanueva. Testimonio Gráfico 1^a Parte: 1958-1959. La Piedriquina 2014 y Archivo La Piedriquina.

¹⁷ Corrales P., Ob. Cit.

ballo y otro de Meira, que no tenían más de quince.¹⁸

La fábrica mecanizada se alimentaba de energía eléctrica, algo que supuso tener que solventar los problemas de abastecimiento en aquella época en las que los tendidos eléctricos eran escasos, de una capacidad muy limitada y con excesiva frecuencia sufrían averías y cortes de abastecimiento.

En las condiciones de la concesión del permiso para la apertura de la nueva tejera publicadas en el BOPO del 4 de febrero de 1956, en el punto 4º se dice que *Esta autorización es independiente de la del enganche a la red de energía eléctrica...* y más adelante se dice: *Caso que fuera denegada (la solicitud de enganche a la red), la nueva industria deberá generarse la energía por medios propios, hasta tanto la mejora de la situación eléctrica permita modificar la resolución*, lo que suponía tener que instalar un generador eléctrico de petróleo. En el punto 8º se dice que *el funcionamiento de estas industrias está supeditado a la posibilidad de efectuar el suministro de energía eléctrica de acuerdo con el régimen de restricciones establecido en cada momento, teniendo prioridad las industrias ya establecidas*. Afortunadamente, en la tejera de La Sierra pudieron abastecerse de la red general a través de un transformador que hubo al este de la fábrica.

La nave

A escasos veinte metros al sur de la chimenea que hoy podemos ver, había una enorme nave abierta de planta rectangular, con su eje mayor orientada noreste suroeste, de unos 120 metros de largo por cuarenta de ancho, con tejado a cuatro aguas, soportado sobre pilares de ladrillo de unos cincuenta centímetros de espesor y unos ocho metros de altura. Estos pilares estaban separados entre sí por unos cuatro o cinco metros. Bajo esta enorme estructura, además de la batería de hornos y la maquinaria, había algunas zonas cerradas, entre las que cabe destacar el cuarto de aperos y las oficinas; una zona de secado a la que llamaban *invernadero*¹⁹ y una zona de almacenaje de las piezas elaboradas.

Entrando a la nave desde el noroeste, se encontraba el molino del barro que convertía los terrones de arcilla en polvo y que mediante una cinta transportadora era llevarlo hasta la extrusora en la que se mezclaba

con agua, se amasaba y a través de sus boquillas salían las “piezas tiernas” hacia el carro: una especie de cinta de rodillos por los que deslizaba la pieza aún húmeda pare ser cortada a la medida. A continuación, siguiendo hacia el oeste de la nave se encontraba la primera de las ocho puertas del horno y ya fuera de la nave y entorno a ella estaba la era y la chimenea. Cuando la era estaba totalmente llena, como secadero se utilizaba la parte alta de la batería.

Hacia el noreste de la chimenea, como edificio independiente, estaba el barracón donde vivían y comían los operarios. Una construcción de planta rectangular, con su eje mayor alineado con el de la nave, donde había un dormitorio comunal, una pequeña cocina y un comedor.



El horno

La tejera estaba dotada de un horno de túnel lineal protegido bajo la gran nave y una imponente chimenea troncocónica que aún hoy marca el lugar donde estuvieron todas estas instalaciones.

El horno de esta tejera era un modelo perfeccionado del que Frederik Hoffmann había patentado en Alemania en 1858, permitiendo una producción continua, un rendimiento inalcanzable para los hornos convencionales²⁰ y un consumo muy inferior, pues los Hoffman quemaban menos de la tercera parte de carbón que los hornos ordinarios.

¹⁸ Datos de Emilio Ca Genaro de Santa Cruz.

¹⁹ Información aportada por Máximo.

²⁰ <http://tectonicablog.com/?p=15115>



1959. LA VIDA EN LA TEJERA. FOTOS JOSÉ M^a GONZÁLEZ VILLANUEVA





INTERIOR DEL HORNO DURANTE LAS TAREAS DE CARGA DE UN SECTOR HOFFMANN. FOTO JOSÉ M^a GONZÁLEZ VILLANUEVA

En España comenzó a usarse este tipo de hornos en el último tercio del siglo XIX, evolucionando hacia modelos con planta rectangular en vez de elíptica, como los que se usaron en varias tejeras de Grao, y finalmente terminaron derivando en los hornos de túnel lineal, como fue el caso del de La Sierra, que cuando menos se podría catalogar de poco común, pues aunque perdía efectividad por carecer del circuito completo de circulación del aire caliente, ganaba en sencillez y mantenimiento.

En la tejera, protegida por la enorme nave, se levantaba la “batería” que albergaba en su interior una larga galería de ladrillo de unos tres o cuatro metros de alto, por unos tres de ancho; cerrada en sus ochenta metros de longitud por una bóveda de cañón que tenían en su parte superior, a intervalos regulares, unas boquillas o agujeros de alimentación de forma acampanada, que comunicaban con la parte alta del exterior del horno. Por su parte exterior, la batería tenía unos cien metros de largo por sesenta de ancho. Esta galería estaba conectada a tramos regulares con otras aberturas o puertas transversales, entre las que quedaban delimitados cada uno de los sectores o cámaras²¹. En total había ocho puertas: seis en los lados y dos en las cabeceras de la galería.

El funcionamiento del horno permitía el horneado continuo por fases, es decir, que mientras estaba en pleno apogeo una hornada en un sector, el calor residual precalentaba la del siguiente sector y se enfriaba la del anterior; de esta forma la producción era continua, y como el calor del horno en función precalentaba el siguiente sector, el consumo de combustible era mucho más bajo que el de los hornos convencionales.

El proceso de producción empezaba con el *encañamiento* o colocación de las piezas sin cocer en el interior de la galería abovedada, comenzando por hacer el *bloque* hasta alcanzar una altura de *ocho pies*, es decir, de unas ocho filas de ladrillo, que se ajustaban a la forma de la bóveda; después se cerraba la galería de arriba abajo con un papel de estraza, de modo que permitiese el paso del calor, pero no del humo cargado de carbonillas procedentes de los sectores anteriores. Seguidamente, se cerraba la puerta lateral de entrada al sector con dos tabiques consecutivos de ladrillo, dejando una cámara entre ellos, y se enlucía con barro la parte de afuera del tabique exterior para conseguir un sellado más minucioso. De esta forma, las piezas del sector recién encañado quedaban sometidas a un calor no muy intenso y progresivo que las precalentaba poco a poco, hasta que comenzase a alimentarse ese sector con carbón y empezase la cocción propiamente dicha.

²¹ Para una explicación detallada de cómo es el funcionamiento de estos hornos, consultar <http://tectonicablog.com/?p=15159>

El funcionamiento se controlaba desde la parte superior, a través del sistema de boquillas cerradas con tapas metálicas, que comunicaban con el interior del sector del horno correspondiente. Para saber si el sector había alcanzado la temperatura adecuada, se introducía por ellas un trozo de papel de estraza, que con el intenso calor debían arder de una forma especial, casi explosiva. A veces, cuando se necesitaba alargar más la hornada o aumentar la temperatura, el cocedor alimentaba el horno echando pequeñas cantidades de carbón por las boquillas o abrían éstas para animar el tiro y por eso sobre la parte alta del horno, siempre había montículos de carbón alineados con las tapas de las boquillas.

Para que el horno funcionase adecuadamente debía de disponer de una chimenea elaborada con mucha precisión, ya que no solo servía para eliminar los humos, sino para hacer tiro y succionar el aire que por un lado alimentaba la cocción y el precalentamiento y por otro propiciaba el enfriamiento de los sectores usados. En estas chimeneas, las proporciones entre las dimensiones de su base, boquilla y altura, eran determinantes para el buen rendimiento de la fábrica.

El horno requería atención continua y en ellos se trabajaban en largas y extenuantes jornadas de doce horas, cuando no se necesitaban más; sometiendo a los obreros a unas condiciones que hoy nos parecerían inaceptables, pero que para aquellos años eran realmente buenas. La jornada duraba *de estrella a estrella*, es decir, desde las siete de la mañana hasta las siete de la tarde.

Por las noches la tejera quedaba al cargo un *cocedor* que entre otras cosas se encargaba de mantener los sectores del horno en funcionamiento. El proceso completo de cada sector duraba unos tres días.

El horno se alimentaba con carbón. En los primeros años se descargaba en la parte más al sureste de la nave, donde podía llegar el camión de suministro y desde allí se subía en cestos hasta a la parte alta del horno. La tarea era muy penosa pero se siguió haciendo de esta manera hasta que hacia 1959 se decidió aprovechar la pendiente del monte, descargando el carbón en la parte más al noroeste de la nave, casi frente a la chimenea, donde el nivel de la pendiente de la ladera igualaba la altura del horno y mediante una rampa de madera de dudosa consistencia, a base de carretillas, se podía acceder a la parte alta del horno y dejar allí el combustible.



DETRÁS DEL OBRERO SE VE EL DEPÓSITO DE CARBÓN.
FOTO JOSÉ M^a GONZÁLEZ VILLANUEVA

Producción

Como tejera propiamente dicha, en la fábrica de Santa Cruz producían dos tipos de piezas: teja árabe y teja francesa. Las dimensiones de cada pieza estaban sujetas a los estándares que marcaban la demanda de los mercados y a la legislación vigente.

Para elaborar teja francesa, la lámina de barro que salía de la extrusora era maciza, ancha y de unos dos centímetros de grosor; la lámina se cortaba en piezas que luego pasaban a una moldeadora de prensa. El proceso lento de producción, el peso de las piezas y la demanda limitada de este tipo de producto, convirtió la producción de teja francesa en algo cada vez menos frecuente, dirigiendo los recursos hacia la elaboración de teja árabe o alomada.

La lámina para la teja árabe o de media caña, era más estrecha y fina que la anterior, salía por la tobera y se deslizaba longitudinalmente sobre un cilindro humedecido que le daba la forma inicial; periódicamente, con una cortadora de alambre, se cortaban las piezas del tamaño adecuado y finalmente un operario *echador* hacía pasar la pieza desde el cilindro hasta un *galápago*²², con el que le daba la forma semi-troncónica definitiva, antes de depositarla en el secadero.

²² Pieza semi-troncónica de madera o metal, dotada de un mango, sobre la que se deposita la lámina, obligándola a adquirir la forma del molde y este mismo galápago sirve para transportar la pieza hasta el secadero sin que se deforme.



COLOCACIÓN DE LOS LADRILLOS.
FOTO JOSÉ M^a GONZÁLEZ VILLANUEVA

Como fábrica de ladrillo se hacían tres tipos de piezas: el ladrillo hueco, con orificios longitudinales de sección cuadrada o rectangular, que podían ser de una sola fila para el ladrillo tabiquero o de dos o tres para ladrillos bloque que debiesen soportar más peso. También elaboraban ladrillo de panal, más macizo y dotado de varios orificios transversales de sección circular, con lo que se conseguían piezas con una gran capacidad portante y resistencia. En ocasiones, cuando iban a ser destinados a ladrillo visto en fachadas, muros y tabiques, las paredes externas de estos ladrillos de panal eran sometidas en fresco a un proceso de alisamiento y bruñido, que una vez cocidos daban como resultado unas piezas más vistosas y decorativas.

En cualquiera de los casos, de la extrusora salía una larga pieza moldeada ya con sus orificios internos, que a la vez que se deslizaba por una cinta de rodillos, se iba cortando en piezas a la medida estandarizada. Las piezas pasaban al proceso de secado, que preferentemente se hacía a la intemperie, pues el secado era más rápido, más homogéneo y las piezas podían moverse con más facilidad.

Los ladrillos se colocaban *enrejaloos*²³ en largas filas de veinte o treinta metros de largo y unos ochenta centímetros de alto, levantadas sobre tablones o piezas defectuosas que las aislasen del suelo. Las filas estaban separadas entre sí por una distancia de poco más de un metro, lo justo para que pasase con holgura entre ellas el "carretillo" y para que un obrero pudiese moverse con facilidad entre las hileras. Cada fila quedaba rematada o coronada por una hilera de teja ya cocida

²³ Según Máximo, los ladrillos se ponían enrejaloos o dispuestos en enrejado, es decir, separados entre sí y alternando transversalmente la orientación de sus ejes longitudinales en cada fila.



CARGANDO CARBÓN, 1959. FOTO JOSÉ M^a GONZÁLEZ VILLANUEVA

con el fin de protegerlas ante eventuales aguaceros.

Cuando el tiempo no permitía el secado a la intemperie, se usaban los secaderos cubiertos, en los que las piezas se depositaban en estantes confeccionados con dos tablones paralelos relativamente estrechos, separados entre sí unos veinte centímetros, de modo que el aire circulase por todas las caras de la pieza, incluso sobre la que se apoyaba.

Los Obreros

Entre los empleados en la tejera se hacían distinciones: los obreros *especializados* y los *no cualificados*. Entre los primeros se contaba a los barreros, que eran aquellas personas que sabían sacar el barro de la barreira; y los enrejadores, que eran los que sabían manipular las piezas tiernas, cargar el horno con ellas y sellar los sectores. Los obreros no cualificados o pinches, eran los que hacían lo que se les mandaba en cada momento y aún no había adquirido el conocimiento ni las habilidades para especializarse. Como actividad de origen gremial, el paso entre una categoría y otra se hacía mediante la adquisición constatable de una experiencia y la demostración de unas habilidades aprendidas de un experto o maestro.

También se hacían distinciones en orden a la procedencia y entre ellos se distinguía entre los tamargos o profesionales procedentes del oriente asturiano, en el entorno de Llanes; y los locales, a los que llamaban

SACANDO BARRO 1959. FOTO JOSÉ M^a GONZÁLEZ VILLANUEVA

Gorres, término que deriva de *gorre*, que en xiriga se utiliza para designar al *hombre que no entiende ni habla la xiriga*.

Los tamargos, por su orgullo y espíritu gremial, mantenían una cierta distancia entre los locales y los que iban de paso, ante los que no dudaban reprenderlos con un irónico *¡Zancañeru, qué vienes a parar el siru del aire de los gorres!*²⁴: una expresión en xiriga usada para indicar que llegaban para quitarles el trabajo²⁴.

Por las fotografías de las que se dispone, podemos suponer que no había ni uniformidad ni se usaba un tipo de prendas o calzado más o menos homogéneo. Los obreros de La Sierra trabajaban calzados con alpargatas, zapatillas y algunos con Chirucas. Según la tarea en la que se ocupasen, lo hacían vestidos con pantalón corto y camiseta, pantalón largo y alguno con el típico mono azul. Casi todos usaban para trabajar boina castellana (de poco vuelo). En las fotografías de José M^a González, se pueden ver a varios obreros vestidos con prendas muy deterioradas, rotas o raídas, aunque no sucias; algo que solía ser propio de aquellos oficios en los que predominaban solo hombres o mujeres conviviendo en un régimen casi cuartelero-gremial, totalmente entregados a las labores propias de su oficio, donde este tipo de ropa era en

²⁴ Información proporcionada por Máximo. La traducción literal sería: compañero que vienes a parar el aire de los que no conocen la xiriga.

OBREROS EN LA TEJERA 1959. FOTO JOSÉ M^a GONZÁLEZ VILLANUEVA

cierto modo el signo de su veteranía.

También se puede apreciar en las fotografías como estos obreros se *endomingaban* cuando salían de aquel entorno de trabajo. Una buena camisa o un pantalón de buena factura no eran tan fáciles de conseguir como hoy día. Por entonces no había en Asturias ningún gran almacén que ofreciese estas prendas de tallas estandarizadas a precios asequibles, con lo que poder disponer de ellas, además de poder pagar un alto precio, dependía del trabajo de los sastres, del buen hacer de alguna costurera o de la habilidad *de los de casa*. Por eso la ropa tenía entonces otra connotación muy diferente a la actual y la máxima aspiración de un hombre era tener un buen traje, algo que solo usaría para ocasiones muy contadas.

Había una mujer que se encargaba de lavarles la ropa por una pequeña cantidad, pero sus exigencias e incumplimientos fueron siendo cada vez mayores y llegó el momento en el que pocos solicitaban este servicio. Los obreros de la tejera eran en su mayoría gente joven que no tenían familia en la zona y que necesitaban relacionarse, no solamente con los vecinos, sino también, de cuando en cuando *tontear con alguna moza*, con lo que no poder disponer de ropa limpia era un verdadero problema. Afortunadamente hubo quien se prestó a encargarse de lavarles la ropa sin cobrarles por ello²⁵.

²⁵ La hermana de Máximo.

Condiciones de trabajo

Por el verano, el polvo y el calor del horno hacían del trabajo una labor muy penosa y por el invierno, el frío sobre las manos frecuentemente mojadas, la continua exposición a corrientes de aire y el trabajo a la intemperie, convertía ciertas tareas, ya no solo en labores muy penosas, sino incluso dolorosas e insanas.

El desencañe de los sectores se hacía en caliente, no se esperaba a que las piezas estuviesen a temperatura ambiente, con lo que había que manejarlas con manoplas y a unas temperaturas altísimas, en ocasiones al límite de la resistencia humana, que solo se aliviaba por el aire fresco que les llegaba a través de la corriente creada entre las puertas abiertas del sector.

El fuerte contraste de temperaturas entre el frío exterior del invierno y el calor del interior de los hornos o del movimiento de las piezas calientes, causaba unos dolorosos sabañones en orejas, dedos y articulaciones, en ocasiones difíciles de soportar.

LA VIDA EN LA TEJERA

La mayoría de los trabajadores vivían en la propia tejera, alojándose en barracones bien acondicionados, con luz eléctrica, camas de somier, comedor, cocina, y una cocinera que se encargaba de alimentarlos, si bien es cierto que recién inaugurada la tejera, el barracón estuvo improvisado en la parte alta de la batería.

En su primera etapa de funcionamiento, el barracón no tenía agua corriente, lo mismo que ocurría en gran parte de las casas de la zona y en casi todo el país en aquellos años, y como era lo habitual se abastecían de fuentes y regatos próximos, como el Reguero de Bello y la fuente Tomasín, situados no muy lejos del edificio, hacia el oeste, ladera abajo. Más adelante se les dotó de agua corriente, duchas e incluso de una piscina.

Se puede decir que las instalaciones para alojar y atender a los obreros eran de las mejores de entonces. Incluso disponían de camas con somier y estos se mantenían aislados del suelo elevándolos sobre ladrillos.

No se conoce que tuviesen estufas o calefacción y como a la mayoría de los hogares de entonces, les bastaba con el calor de la cocina de carbón.

La jornada comenzaba a las siete de la mañana y se prolongaba hasta las siete de la tarde: de estrella a estrella. A las nueve se hacía tañer una campana: *sonar el fierru*, para llamar al desayuno. En la época de



TRABAJADOR EN UN BARRACÓN.
FOTO JOSÉ M^a GONZÁLEZ VILLANUEVA

Duyos, en esta primera comida se les ofrecía tocino, pan, sopa y café con leche. Hacia la una, en la comida, solían servirles contundentes y abundantes raciones de cocidos y guisos. Hacia las cinco volvía a sonar la campana para anunciar una merienda a base de media barra de pan con dulce, sardinas o tocino. Los que vivían en el barracón, aún tenían por delante la cena, que solía ser copiosa, mientras que los que vivían fuera, regresaban a sus casas a cenar.

Algunos de los obreros de la zona comían lo que sus familiares les mandaban de casa; como era el caso del padre de Azucena (Maruja, de Casa Celesta) que aun siendo cocinero, prefería la comida casera.

Los obreros a jornal ganaban un buen sueldo, entre 1400 y 1800 pesetas mensuales, que solían cobrar dividido en quincenas. Pero si había trabajo extra para cumplir con algún pedido, se pagaba tan bien la hora, que un trabajador podía llegar a ganar hasta 3000 pesetas al mes, un sueldo realmente bueno, que muy pocos obreros conseguían ni Asturias ni en España. Además, se les pagaba Seguridad Social y se les mantenía con todos los requerimientos legales. Alguno de los que trabajó en esta tejera recuerda cómo en su Vida Laboral figura hasta un día extra que hizo en una sola ocasión, y aun así se cotizó por él rigurosamente.

Etapas: los del Cabo y Duyos

Juan el Cabo y su primo José Ramón González Granda fueron los propietarios y regentes de este negocio desde 1955 hasta 1961 o 62. Implantaron en La Sierra el modelo de patrón paternalista que presidió en

la de Montellar y que, a finales de la primera mitad del siglo XX, era el modelo más habitual de relación entre empleados y propietarios; pero en los escasos cinco años en los que estuvieron al frente de las nuevas instalaciones, evolucionaron hacia un modelo más aséptico, ajustado a la normativa legal y a las condiciones pactadas mediante contrato o convenio y estos cambios crearon algunas tensiones entre patronos y obreros; aunque en general las relaciones entre los propietarios y los trabajadores de la tejera fueron buenas.

No parece que haya habido un motivo técnico o económico que explique por qué Juan y José Ramón se deshicieron de la fábrica, puesto que cuando la vendieron la tejera estaba en pleno funcionamiento, la demanda superaba la producción y los mercados no dejaban de solicitar cada vez más productos cerámicos. Sin embargo, la fábrica fue vendida entre 1961 y 1962 a una sociedad representada por el comandante Ricardo Duyos González y poco después, hacia 1965, dejó de funcionar.

En realidad D. Ricardo Duyos fue el gerente de una sociedad hecha con su cuñada Ana M^a Guergo Díaz, de Nueva de Llanes y la aportación de capital de varios inversores procedentes de Méjico, con lo que Ricardo en realidad era socio y la cabeza visible de esta sociedad, no el dueño absoluto de ella.

La tejera sufrió algunas transformaciones en esta nueva época, pero las modificaciones más radicales fue-



TRABAJADOR CON EL PERRO DE LA TEJERA Y EL TRANSFORMADOR DE LA LUZ. FOTO JOSÉ M^a GONZÁLEZ VILLANUEVA

ron las realizadas en las instalaciones para el acomodo de los trabajadores: se remozó y mejoró el barracón, se amplió la cocina, se les dotó de duchas y retretes con agua corriente, se hizo una traída de agua desde la fuente Tomasín y se hizo una piscina para el uso de los operarios, alimentada por el agua del Reguero de Beyo.

Según cuentan los vecinos, Duyos dejó la tejera por haber ascendido y tener que cambiar de destino, a lo que se sumó la escasa rentabilidad que tenía. Esto no se corresponde con los datos disponibles, ya que Duyos dejó la tejera hacia 1965 y cambió de destino en 1966, cuando se trasladó al Sahara Español²⁶. Según afirma su hijo Juan Duyos, la tejera se cerró por su escasa rentabilidad ya que o bien el barro se agotaba o no era ya de buena calidad.

No se conoce bien el motivo por el que un militar de aquellos tiempos, con las oportunidades que su puesto le ofrecía, terminó haciéndose con una fábrica de tejas y ladrillos en el noroeste de Llanera, ni cuál fue el nexo de unión. Al parecer, Genaro, el padre de Milio, que tuvo un bar en Santa Cruz muy frecuentado por los tamargos de la tejera de Montellar, durante su servicio militar conoció a un oficial natural de Nueva de Llanes, residente y destinado en Oviedo, con el que entabló una buena amistad y le habló de la tradición alfarera que había en esta zona, de esta forma es como Ricardo Duyos pudo haber tenido noticias de la existencia de una industria cerámica en Santa Cruz.

Además de por haber comenzado a tratar a los vecinos de la zona, Duyos ya conocía a algunas de las familias de los tamargos de origen llanisco que desde hacía tiempo trabajaban en la tejera y, unos y otros, no perdieron la oportunidad de que este militar les *enchufase* y *conseguir pasar una buena mili* en el Gobierno Militar de Oviedo, o que al menos no tuviesen que salir de la provincia. Con este y otros motivos, Duyos comenzó a tener cierta afinidad con la zona y en opinión de algunos que lo conocieron²⁷, quizás esta fue la causa por la que tuvo noticias de la existencia de la fábrica de La Sierra y de la oportunidad de hacerse con ella.

Duyos, que falleció en 2004, era una persona culta, inquieta y muy emprendedora; no solo fue militar destacado sino también deportista²⁸, escritor y zoó-

26 Declaraciones en entrevista telefónica a Juan Duyos el 3 de noviembre de 2014.

27 *Ibídem*.

28 Gran montañero y senderista y campeón de España de pentatlón.



CHIMENEA Y RESTOS DE LA NAVE. FOTO DEL AUTOR

logo. Una persona que se interesaba por todo y por todos, de modo que era difícil no congeniar con él, lo mismo que sus hijos, y así por ejemplo, algunos *chavaletes* de la zona solían ir a Oviedo al fútbol con Juan y Ricardo, los hijos de D. Ricardo²⁹.

Aunque hay división de opiniones, se puede decir que en la época de Duyos la relación con los empleados fue más fluida y cordial, incluso, como ya se ha mencionado, se hizo una nueva cocina y una piscina para el uso de los operarios³⁰. Los cambios de relaciones entre el nuevo propietario y los obreros aliviaron la cierta tensión a la que estos habían llegado con Juan el Cabo y su primo José Ramón y que fue una de las causas por las que decidieron deshacerse del negocio.

Cuando Ricardo Duyos compró la fábrica, trajo más tamargos de Llanes para trabajar en ella, aunque también llegó gente procedente del occidente y de Galicia, como fue el caso de los hermanos Telmo.

Después de que Duyos dejase la tejera y de que Antonio el encargado se marchase, mientras se liquidaba el negocio, la fábrica quedó al cargo de un tal José Montes, natural de San Esteban de las Cruces, que era el propietario de los camiones que atendían a la tejera, uno de ellos un viejo y destartado *ruso*³¹ que en opi-

nión de algunos, *andaba más por lo que lo empujaban que por lo que él tiraba*.

Algunos de los que aprendieron el oficio en la tejera siguieron en el negocio y así por ejemplo, Antonio, quien había sido encargado en La Sierra, terminó comprando la tejera de Serín: *Cerámica La Huelguina* y vivió de ella hasta que se jubiló.

La barrera de La Sierruca

Al otro lado de la carretera, frente a la tejera grande de La Sierra, a unos cien metros al noreste de la chimenea, hoy medio cubierta por un bosquecillo, hubo una barrera de la que se sacó arcilla para la Real Compañía; en ella se emplearon varios vecinos de la zona y el barro era transportado hasta su destino en carreta de bueyes³² o en camiones.

Desde la barrera de La Sierruca llevaban el barro hasta San Juan y Arnao. Entre 1950 y 1955, Lolo Ladia trabajaba en la barrera y hacía estos portes, según información dce su hija Begoña.

El barro de esta barrera no se extraía de galerías o pozos profundos, sino de las capas más superficiales. Primero se retiraba la tierra superficial, la de componentes orgánicos, hasta llegar al nivel de la arcilla, que era bastante oscura y por eso los que trabajaron en esta barrera se refieren a él como *barro negro*. Con azadas y picos se iban sacando terrones que se depositaban en cestos y se llevaban hasta el cargadero. Desde allí se volcaba en camiones o carros para ser transportada a su destino.

Unos de los camiones dedicados al transporte de este material hasta la Real Compañía fue el de Paco El Cabo, el padre de Lidia, mujer de Juan el Cabo³³ que conducía un potente Lancia.

La barrera siguió funcionando después de que se cerrase la tejera.

También permanecen en el recuerdo los carreteros dedicados al transporte de barro desde Villayo hasta la fábrica de Guisasola, en Cayés, e incluso hasta la Real Compañía Asturiana de Zinc, que también explotó algún yacimiento de caolín cercano.

29 Comentario hecho por Guti, tío de Víctor, de Casa Fernando, que en noviembre de 2014 recuerda cómo con 11 o 12 años iba al fútbol con Juan Duyos.

30 Declaraciones de Juan Duyos en noviembre de 2014 corroboradas por las de Máximo.

31 Se llamaban así a los ZIS-5 de fabricación soviética producidos en la fábrica de Moscú entre 1934 y 1944. Eran pequeños camiones con motores de seis cilindros y casi seis mil centímetros cúbicos (5.555 cc) que le otorgaban una potencia de setenta y cuatro caballos. En este periodo se fabricaron casi un millón de unidades y un buen número llegaron a España por la compra del gobierno de la República durante la guerra civil. Por la sencillez de su mecánica, muchos siguieron en funcionamiento hasta la segunda mitad del siglo XX y tuvieron un papel importante en la construcción de la ENSIDESA y todo lo que con ella vino a Asturias.

32 El abuelo de Victoria González, monitora de la escuela municipal de cerámica de Llanera, se dedicó a ello con una pareja de bueyes.

33 Declaraciones de Guti, tío de Víctor, de Casa Fernando, en Fanes, en noviembre de 2014.

Ya se ha comentado que es muy fácil encontrar en toda la zona afloraciones de barro y que de estas surgieron los numerosos pozos particulares que salpicaron toda la zona de Fanés y de Villayo, de los que se abastecieron sus afamados puchereros y tejeros. También sabemos que el barro de algunos de estos yacimientos gozó de una extraordinaria calidad y llegó a ser tan apreciado que incluso fue exportado y experimentado en otros núcleos alfareros, como el de Faro.

Tenemos referencias transmitidas de boca en boca sobre alguno de estos yacimientos, como las recogidas por José Manuel Feito³⁴ en sus escritos sobre la barrera de La Cabaña, que consideramos la barrera más antigua que podemos constatar en la zona. También queda constancia de ellas en la toponimia local, como el lugar de Barredo que no deja muchas dudas sobre el origen de su nombre.

La siguiente barrera en antigüedad sobre la que disponemos datos fehacientes es de finales del siglo XIX: El 8 de enero de 1874, el ovetense Ramón Pérez registró *12 hectáreas de la mina de Arcilla y otros, que se conocerá con el nombre de La Adelantada, sita en el terreno común y de particulares, barrio de Villayo, parroquia de Santa Cruz, concejo de Llanera, lindante al Saliente fuente de Rondiella y río el mismo nombre, M. puente llamado Menende y molino de Bego, P. río y monte común de la Tejera y fuente de la Sirviella y Norte monte llamado Villayo.*³⁵

La siguiente en antigüedad es la barrera o zona marcada en el mapa del Instituto Catastral de 1943 como *zona de labor de extracción de arcilla* de la que ya se ha hecho mención en varias ocasiones a lo largo de este trabajo.

La actividad extractora de la zona no solo se limitó a la arcilla, sino también a otros productos como el caolín, hierro, carbón y guijo.

CONCLUSIONES

Aunque con vacíos considerables, se puede esbozar una línea temporal de la existencia documentada de tejeras en esta zona del concejo de Llanera, entre Villayo, Fanés y Santa Cruz. Esta línea comenzaría por la tejera de la que se habla en la primera mitad del

siglo XVIII, sin que podamos dar una situación exacta o una descripción concreta. Seguiría por la tejera vieja de La Sierruca, que data de la segunda mitad del siglo XIX; a la que sigue la de Montellar, que se levanta en la primera mitad del siglo XX y terminaría con la de Santa Cruz, en la segunda mitad del siglo XX. Después de cerrar esta última, terminó la actividad tejera en esta zona de Llanera.

Cada una de estas tejeras responde a un modelo distinto de producción y mecanización; incluso a modelos distintos de relación entre propietarios y empleados. Cada una aportó a la zona un inestimable bagaje cultural e histórico, que lamentablemente se va perdiendo a la vez que la memorias de quienes las conocieron y terminarían inevitablemente en el olvido si no nos empeñamos en recuperar sus recuerdos, sacar a la luz sus vestigios y valorar su aportación a nuestra cultura y no sería nada descabellado proponer que la majestuosa chimenea de La Sierra, que aún se yergue con todo su esplendor, se conserve como símbolo y testigo de la secular tradición tejera y alfarera de esta parte del concejo de Llanera.



RUINAS DE LA FÁBRICA DE LA SIERRUCA, NOVIEMBRE 2014.
FOTO DE L. CARLOS VILLANUEVA

34 J. M. Feito. (1977) *Artesanía Popular asturiana*. Editorial Ayalga. Salinas.

35 BOPO nº 222 de 1 de junio de 1874, pág. 2.